

Mirando las ventanas

Isaura Contreras

La señorita estaba vestida de negro. Todas las señoritas vestían de negro en el instituto, todas eran delgadas y de pelo negro, todas tenían aretes de perlas blancas. Todas infundían terror.

—¡Cante usted una canción!

—Señorita, no sé ninguna canción.

—¡Que cante usted una canción! ¡La que sea!

Linda, con gruesas lágrimas en los ojos, frente a todas las niñas, comenzó a cantar. Su voz desafinada rechinaba en el salón. Allí nadie podía reírse. Al final de la clase estallarían todas. Linda cantó nuestra canción, una canción inventada, una canción sólo nuestra, improvisada una tarde. Linda enmudeció pronto olvidando el final. En mi cabeza, yo repetía con ella:

—Vamos a pintar el cielo, vamos a pintar el cielo, otra vez de azul.

La señorita buscaba reclutar a las niñas que conformarían el coro escolar. Linda no quedó en el coro.

No sería la peor noticia de aquel día. Dos manchas rojas en el borde del ombligo me anunciaban el final. La peste había llegado. Esa noche me disponía a morir sobre aquellas sábanas blancas y almidonadas. Cuando todo estuvo en silencio bajé de la cama con sigilo, no me puse los zapatos, la gripe ya no me alcanzaría. Caminé por el pasillo mientras el frío penetraba mis pies, llegué hasta la cama de Linda y la observé dormir: plácida y serena como siempre, roncando con fuerza, su pelo esponjoso cubriéndole el rostro. Tuve el impulso de frotar una mota de algodón en su nariz y verla rascarse aún dormida, de cualquier modo estaba allí para pedirle perdón por tantas veces en que lo había hecho. Eso era lo de menos. Yo estaba ante su cama por los golpes de hacía unos meses: por la plancha vieja y carbonizada que estampé en la camisa de mi padre, y la leyenda: “Linda lo hizo”. A la semana siguiente enviaron a Linda al internado. Se decía que era por los robos, yo pensaba en la camisa.

En el libro, las imágenes de hombres y mujeres tendidos en el piso, a punto de morir o muertos ya, habrían compartido mi dolor. Quizás ellos no tuvieron tanto tiempo como yo. Quizá la epidemia los había sorprendido. Amanecieron sobre sus camas vestidos de puntos rojos de pies a cabeza, todo mundo huyó para evitar el contagio. Ninguno de ellos alcanzó a disculparse. Me parecía que la mujer regordeta del dibujo hubiera querido pedir perdón a sus hijos que con seguridad regañaría de vez en cuando; el anciano se excusaría con los niños a los que no permitió cortar frutos de su jardín, muchos ancianos tienen árboles con frutos en su jardín. El hombre se apenó con su mujer por beber demasiado. La pequeña... la pequeña por llorar mucho. Ninguno pudo pedir perdón y estaban allí en esos libros pintados con colores pálidos, las ronchas rojas sobre su cuerpo los hacían arrepentirse, y era tarde. Decir la verdad, sólo la verdad, y que las manchas desaparecieran. Bajo la escasa luz que entraba a las habitaciones no podía distinguir ya mi cuerpo, pero imaginaba que poco a poco desde el vientre, una a una las manchas se irían multiplicando hasta tapizarme por completo, no debía permanecer mucho tiempo junto a Linda. No pude hacer una carta como había planeado. Tampoco deseaba estar cerca de ella los días siguientes. Pero no podía irme así. Desde el extremo de su cama susurré disculpas, le dije que todo lo mío sería suyo, que continuara cantando, a los pájaros del cuadro que nos dio el abuelo pues, tal vez, ella sí podría ver el día en que saldrían volando como el viejo nos prometió.

La primera ámpula apareció un domingo. La noche anterior, entre sueños, ocupé otra cama. Cuando extendí mi brazo me di cuenta de que aquella panza abultada no era la de mi hermana, y que aquellos dedos largos y regordetes, que de inmediato ciñeron mi mano, tampoco lo eran, estaba aprisionada en el calor de un cuerpo robusto. En la oscuridad no distinguí a quién abrazaba.

Natalia, luego supe que era Natalia, respiraba acompasadamente. Linda decía que Natalia hablaba a menudo de capitanes que la visitaban de noche. Si ellos eran altos y de manos fuertes, ¿por qué habría confundido la delgadez de mi espalda? Natalia se volvió hacia mí con los ojos cerrados, acercaba su aliento a mis oídos y a mi cuello fingiendo dormir. Natalia de once, Natalia la gorda se despertó muy temprano con un grito: ¡qué haces aquí! Y todas las niñas, atolondradas del sueño, ensayaron un collar de carcajadas que atravesó el internado. Linda al verme exhaló un reclamo. Yo me froté los ojos ante el aliento furioso de Natalia que me empujaba de la cama, y bajé arrastrando mi bata blanca bajo la risa estruendosa de las demás.

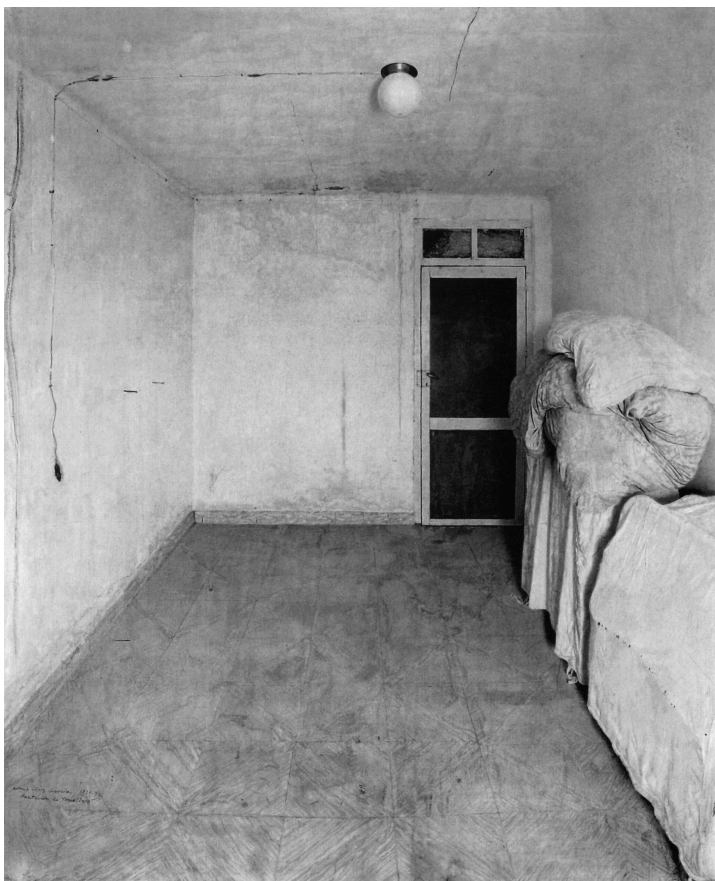
Cuando Natalia deambulaba por el pasillo del internado, con su sombra larga y ancha cubriéndolo todo, me escondía para no toparla. Era un rumor conocido que Natalia me tomaría del cuello hasta cortarme la respiración, que tomaría mis manos y las torcería como si fueran de plástico. Que me pisaría los pies hasta deshacerme las uñas y los dedos. Que me arrancaría una oreja y me colgaría del cabello en el perchero. A Linda todo aquello le tenía sin cuidado, no la creía capaz; me decía, para no abrumarme, que Natalia lloraba en las noches y que nadie la quería a causa de sus mentiras no creíbles. Una vez contó que su padre era almirante, Linda dijo que lo inventó días después de que leyeron en clase so-

bre una batalla naval. Lo siguiente fue que su abuelo había piloteado un avión de guerra y, en la tercera clase, mi hermana bromeó con la idea de que su madre era una dama de la corte imperial. Linda decía que era una costumbre bien conocida recrear historias para justificar el abandono en aquellos colegios. Todos los cuentos se referían a padres que viajaban por el mundo y mandaban cartas, sin fotografías, desde lugares exóticos. Así que cuando pregunté a mi hermana por qué razón nosotras habíamos ido a parar allí, ella contestó: nuestros padres fueron reclutados por la policía como informantes sobre delitos con infantes. Tardé tres días en aprender tan largo oficio. ¿Dónde lo leíste? Es la verdad, decía Linda. Cada tanto era común observar a una niña bajo la luz de las lámparas escribiendo su relato familiar, argumentaban que era la respuesta a las cartas de sus padres, cuando, en realidad, escribían la carta que esperaban recibir. Algún detalle delataba el trazo fingido de la letra que simulaba ser la premura de parejas ocupadas. Ya nadie cuestionaba y era común esperar los viernes para que algún grupo de niñas relatar su historia. Yo terminé por creer que todas eran ciertas, incluso la nuestra.

Me preguntaron una y otra vez si algo me dolía. Si sentía algo extraño en el vientre. Si recordaba todo o creía haber dormido de modo inusual, más de la cuenta. A todo dije que no. Luego me preguntaron por la comida,



Antonio López, *La cena*, 1971-1980



Antonio López, *Habitación en Tomelloso*, 1971-1972

si tuve hambre o sed. También preguntaron si tuve frío. Nada de eso. Sólo tuve miedo. Miedo de estar tan sola.

El cuarto tenía un penetrante olor a humedad. La ropa en el piso simulaba el bulto de personas que dormían. Eran prendas de todos colores, alguien que no había lavado en mucho tiempo las fue arrojando allí. La mujer me dijo que podía hacerme una cama con ellas, que no se me ocurriera gritar ni llorar, o mis padres demorarían más de la cuenta. A ratos pensaba en el momento en que subí a la camioneta. Había escuchado muchas historias de robachicos. Y yo sólo le temía a Paco el loco. “Paco el loco, Paco el loco” era nuestra forma de gritar al salir de la escuela. Paco, a mitad de la calle, se balanceaba de un lado a otro: un bastón en una mano y una botella de vino en la otra. Paco volvía de la ciudad en el camión de las seis. Allí se fingía ciego, se colocaba los lentes y caminaba con su bastón dando golpecitos a la gente. Regresaba todas las tardes con una botella de alcohol y, a veces, con una bolsa de pan. En grupo todos teníamos valor: Paco el loco, Paco el loco que roba a los niños, que los vende o los come porque cuando toma vino no sabe de sí. Pero Paco el loco no fue quien me pidió subir a la camioneta. Fue una mujer regordeta y muy amable quien me dijo, chiquita, mi chiquita, te estoy esperando, soy tu tía, y me abrazó. Sube, tus papás esperan. Su amabilidad y cariño me hizo ver que era mi tía, que papá y mamá nos esperaban. Salimos del pueblo a gran velocidad. La mujer y el hombre platicaban de las lluvias. ¿Falta mucho? No, no falta mucho. Avanzába-

mos y veía la carretera larga y desconocida. Duerme un rato. No tengo sueño. Duerme, y me inclinó la cabeza sobre su pecho. El hombre sonreía. Empezaba a oscurecer. ¿Falta mucho? No, preciosa. Me quedé dormida. La mujer me despertó cuando la camioneta se detuvo frente a una casa vieja y derruida. Abrió la puerta y bajé emocionada: ¡Mamá!, sólo se escuchó el ladrido de un perro. ¿Y mi mamá? Se ha ido, vendrá por ti mañana. ¿Tienes hambre? Te daré un poco de sopa. La mujer entró y el hombre se despidió de nosotras.

—Vengo mañana.

Lo olvidé muy pronto. Mamá aún piensa que eso fue peor que el internado. Mamá se confunde.

Mamá es de las que se jacta relatando los recuerdos de cuando éramos niñas. Repite una y otra vez la misma historia, retoca detalles. Es inútil debatirle, ella insiste. La que más le gusta contar, frente a toda la familia, es la de Ninfa y yo. A Ninfa yo sólo la recuerdo por el relato de mamá, y a veces por una ligera sensación en el estómago que asocio con la de su partida. Mi madre pone otras palabras a lo que entonces sucedió y todo lo limita a mi enamoramiento abismal por Ninfa. Te sudaban las manos y te temblaban los pies cuando la veías. ¿Recuerdas que me dejaste sin flores el rosal para dejárselas a Ninfa en la puerta de su casa? ¿Recuerdas cómo se perdieron en el monte? ¿Recuerdas que me decías —y aquí mamá sonreía con ternura— que Ninfa y tú tendrían hijos gemelos? ¿Cuánto nos gustaban Ninfa y tú! A sus padres y a nosotros. Tú también la adorabas, le increpa a mi padre. Sí, sí, dice papá. Era una niña adorable. Y los dos se han regodeado tanto en ese cuento cada vez que llevo a alguien a casa. La última vez fue papá quien le contó a Andrés cómo nos encontró en el monte, al anochecer, bajo un árbol, ateridas, abrazadas, y cómo la sensación de la muerte nos hizo balbucear una promesa que papá llora de risa al repetir. Andrés, en cofradía con mis padres, me hizo preguntas: ¿la amabas tanto? Y yo continuo con ellos: más que a nadie. Y le pido a mis padres que cuenten la historia completa, que yo ni siquiera la recuerdo, que digan cómo es que de pronto Ninfa dejó de visitarme. Mis padres palidecen. Mamá dice lo menos: que yo no quería ir a la escuela, que lloré mucho pidiendo que Ninfa volviera, que por muchas semanas toqué a la puerta de su casa y le dejaba allí una flor, que le escribí muchas cartas, que daba vueltas y vueltas en el patio con el deseo de verla salir. Y mamá cambia el tema: pero te olvidaste cuando llegó Darío, y papá pone una cara de piedra al recordar: aquél que dejó de silbar y me quitó el sueño. **u**

Isaura Contreras (Abasolo, Guanajuato, 1982) ha publicado las novelas *La casa al final de los días* (2007) y *Cosecha de verano* (2010). El texto anterior forma parte de su actual proyecto de escritura.